

CARLOS MOLINA. Costarricense. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Costa Rica. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional, en cuyo Centro de Estudios Generales ha impartido la enseñanza y ha sido director de investigación. Cuenta con la publicación en revistas de varios escritos de su especialidad y es de próxima aparición su trabajo *El pensamiento de Rodrigo Facio*. EDWIN SALAS. Costarricense. Licenciado en Filosofía española por la Universidad de Costa Rica. Profesor de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional con servicio de docencia en el Centro de Estudios Generales de ésta. Ha realizado trabajos de investigación en el campo de la novelística costarricense.

**PASADO Y PRESENTE
EN EL SITIO DE LAS ABRAS**

**CARLOS MOLINA
EDWIN SALAS**

Este artículo pretende ser un análisis del rasgo más sobresaliente de esta novela: la oposición de dos momentos temporales, que en adelante llamaremos “pasado” y “presente”, y que constituye el eje estructurador fundamental de la obra. Después de dar cuenta de los términos de esa oposición, se intenta hacer una interpretación ideológica para develar la concepción de mundo que subyace a la configuración de la novela.

Creemos necesario dar una breve noticia de la obra en cuestión, antes de iniciar su estudio, con el fin de tener presente en sus líneas fundamentales el desarrollo del relato que se analiza. **El sitio de las abras**, obra de Fabián Dobles publicada en 1950, lleva ya su quinta edición. En síntesis apretada, éste es su contenido: una familia de Santa Bárbara de Heredia emigra hacia Turrialba en busca de tierras. En esta región, junto con otras familias, forma una comunidad llamada “las abras”. La llegada de un hombre rico y malo, Ambrosio Castro, pone en peligro la vida de la comunidad al querer apropiarse de las tierras de los abreros. Entre los abreros y el latifundista se entabla, así, una lucha que, a pesar de presentar una tregua a causa de la llegada del aventurero Martín Villalta, termina con las abras y éstas son absorbidas por una hacienda floreciente. Hasta aquí la primera parte de la obra. En la segunda, se presenta la vida de los peones de la hacienda y su situación de explotación y miseria. Un descendiente de Villalta, el líder sindical Martín Vega Ledezma, llega y empieza a organizar un sindicato agrícola que se propone como solución a los problemas de los trabajadores. La novela concluye cuando apenas se está en la organización del sindicato, y los patronos empiezan a tomar represalias contra sus trabajadores.

Este trabajo se realiza con base en la quinta edición de **El sitio de las abras**, publicada por la Editorial Costa Rica, en marzo de 1976. Para simplificar el aparato de citas, de ahora en adelante, siempre que nos refiramos a dicha novela sólo se indicará el número de página entre paréntesis, ya que se trata exclusivamente de la edición señalada.

Los dos momentos temporales

En el desarrollo del acontecimiento, *El sitio de las abras* presenta una elipsis temporal que divide en dos a la obra y permite hablar de “partes” de la misma. Ahora bien, si consideramos la novela desde el punto de vista del tiempo e inmanentemente, encontraremos en ella la presencia de dos momentos temporales bien definidos con respecto a esta estructura de la novela.

La primera parte de la obra corresponde al pasado. Trata de la lucha por la consecución de las abras, el asentamiento en éstas, la primera arremetida por parte de Ambrosio Castro contra los abrerros, la tregua en esta lucha a causa de la llegada de Martín Villalta; y la segunda arremetida (esta vez por parte de Laureano Castro) y pérdida de las abras. El fin de esta primera parte está marcado por la muerte de Espíritu Santo Vega. A partir de aquí empieza prácticamente otra historia: el presente de la novela. Aparece Martín Vega Ledezma que será en adelante el personaje central. Su estancia y actividades en la hacienda de los González Leflair ocupan esta segunda parte de la obra.

La elipsis anotada da por transcurridos por lo menos veintisiete años, es decir, la edad de Martín Vega, cuya historia anterior es desconocida hasta ese momento. Esta elipsis enfatiza tanto la distinción entre las dos partes, como el carácter de pasado de los hechos narrados en la primera. Pero la división de la obra en dos momentos no se realiza sólo por esta causa, sino a partir de una serie de rasgos diferenciadores más o menos evidentes en la novela.

La dicotomía pasado-presente se da desde el inicio de la obra. El narrador se refiere a un “hoy” y un “entonces” cuando sitúa los hechos en el tiempo. Las características que confiere a ese hoy (valles cruzados por carreteras, abundantes de caña, café y pastizales, en que apacientan sus riquezas los hacendados y viven las peonadas de sangre pálida) las vemos realizarse en la segunda parte de la obra, con lo cual dicha parte adquiere el carácter inequívoco de presente. Los personajes también establecen la distinción pasado-presente por medio de la mención de un “antes” y un “ahora”, cuando se refieren al tiempo de los abuelos abrerros.



Es necesario observar que los hechos de la primera parte configuran un proceso ya cerrado, un todo concluido, pues la historia de las abras ha llegado a su fin, y los factores que la constituyeron, humanos y de otro tipo, ya no existen. Los hechos de la segunda parte, por el contrario, permanecen abiertos; la figura a que dan lugar queda inconclusa aún al cerrarse la novela. Esto les da a dichos hechos una vigencia o actualidad que los ancla en el presente, en tanto que el carácter señalado para los hechos de la primera parte los arroja sin duda en el pasado. Así, de acuerdo con lo anterior, parece válido hablar de “pasado” y “presente” para referirse a esos dos momentos temporales de la obra.

El conflicto sobre el cual descansa la acción es diferente en las dos partes. Primero se trata, en el caso de los abrereros, de defender sus tierras asediadas por el latifundista. En la segunda parte, los trabajadores son los que llevan la iniciativa, en el sentido de mejorar sus condiciones de trabajo y también de readquirir las tierras de sus antepasados. Como se ve, en un caso es defensa, y en el otro es ataque. Con respecto a los opositores, en la primera parte se trata de apropiarse de las tierras de los abrereros por todos los medios posibles. En la segunda parte, son hacendados y lo que hacen es defender sus tierras y sus privilegios de patronos frente al ataque de los trabajadores.

La magnitud del conflicto también varía. En la segunda parte, el enfrentamiento peones-hacendados adquiere un carácter explícito de conflicto social: Se amplía la clase patronal, los trabajadores son más numerosos, hasta se incluye un extranjero, y además la lucha reúne a los “parásitos” de la hacienda. Un periódico difunde el conflicto a nivel nacional, todo lo cual le da más generalidad al enfrentamiento.

Con respecto a los personajes, la diferencia entre los de la primera con los de la segunda parte es evidente. Los primeros son abrereros, pequeños agricultores propietarios de sus tierras, que juntos forman una pequeña población o aldea. Los segundos, peones asalariados al servicio de una hacienda, que viven exclusivamente de su jornal. Los latifundistas también varían, pues en la primera parte se apropian de lo ajeno con artimaña, y en la segunda explotan a los peones en su trabajo.

Los medios de lucha con que cuentan los abrereros son muy diferentes de los medios empleados por los trabajadores de la segunda parte. Primero se trataba de parar al agresor a como hubiera lugar, a base de resistencia, artimañas o amenaza directa. En la segunda parte, se trata de organizar a los trabajadores para que tengan fuerza en la exigencia de sus derechos, por lo cual la violencia queda descartada de los medios de lucha.

Un aspecto más que refuerza la distinción entre la primera y la segunda partes es el espacio físico. Este se presenta completamente transformado en la segunda parte: todo unificado por una sola hacienda y sus cultivos. En otros aspectos también se nota la transformación; la desaparición de la caza, la pesca, etc.

Como se puede ver, pues, la distinción de dos partes en la obra puede ser un punto de partida para su análisis.

Comprobada la existencia de dos partes distintas en la obra, corresponde observar ahora la presentación o configuración de la primera y su significación con respecto a la totalidad de la novela.

Es relativamente evidente que, en esta obra, el pasado funciona respecto del presente en tres niveles: en primer lugar —como historia o génesis concreta de una situación degradada— la condición social y económica de los peones de la hacienda, condición a la que se alude desde el principio y que es producto de lo que sucedió con las abras; en segundo lugar, con respecto a esta situación presente, el pasado sirve también como término de comparación para resaltar su miseria; en tercer lugar, ese pasado sirve de garantía moral o justificador de la acción presente: la organización sindical, que toma en cuenta el pasado de los trabajadores como motivador de la acción liberadora.

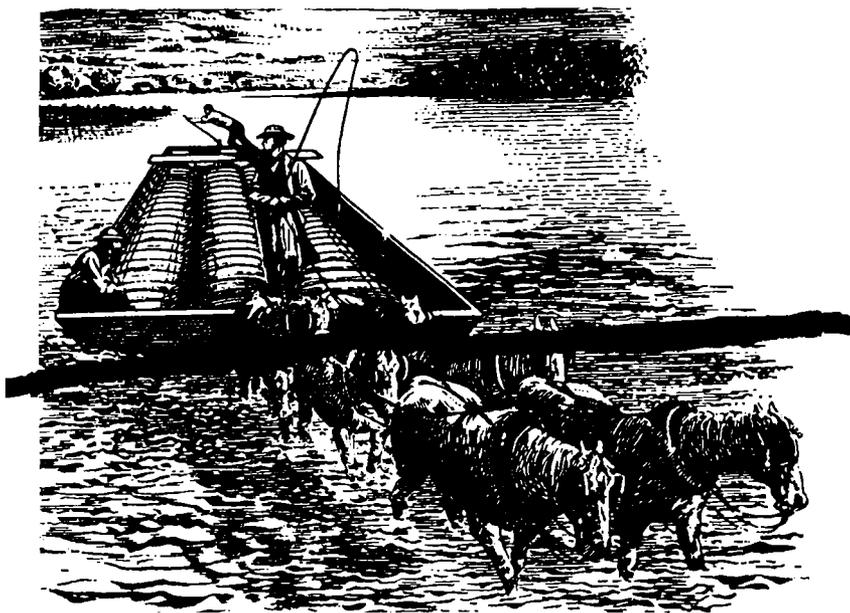
Funcionalmente, ese es el papel del pasado en la novela; pero su significación no termina ahí, pues tiene una serie de matices que lo llevan a desbordar su función y a producir un desequilibrio estructural. Este pasado adquiere, por su peculiar presentación, una excesiva importancia con respecto a la temporalidad de la obra en su totalidad.

De acuerdo con la intención narrativa, el pasado debía reforzar sencillamente la acción presente en los tres sentidos apuntados¹, pero adquiere otra dimensión: se configura como una etapa histórica que se contrapone al presente y que se define como un pasado feliz, añorado desde éste. Se pierde, así, el equilibrio funcional de la novela, pues en vez de estar el pasado en función del presente, como es la tesis de la obra, es aquél el que tiene más peso y logra atraer el presente, e incluso absorberlo:

La expresión “pasado feliz” no señala, a diferencia de lo que habría que decir de otras obras, un predominio del tiempo festivo con su secuela de actividades recreativas orientadas hacia el disfrute y que suponen el ocio. En *El sitio de las abras* se trata siempre de un mundo de trabajo duro y privaciones. La expresión hace referencia más bien a la productividad sin contratiempos del trabajo humano, a los resultados felices del mismo y a la bondad de las relaciones humanas. Se trata, pues, de un mundo donde la autoridad, tanto en el plano de la vida familiar como en el marco más am-

plio de la comunidad, es patriarcal y bondadosa; donde la gente es íntegra, honrada y laboriosa; donde, sin haber riquezas, hay abundancia de lo indispensable. Un mundo donde el valor económico abrumadoramente prevaleciente es el valor de uso, hecho a la medida de las necesidades y comprensión humanas, en tanto que el valor de cambio aparece muy tangencialmente y sólo para trocarse de inmediato en valor de uso. La tierra es feraz y se entrega sin limitaciones a quien es capaz de trabajarla.

Abundan los rasgos que contribuyen a conformar ese pasado como una época feliz a la que incluso se intenta volver. La importancia del trabajo, por ejemplo, es innegable en toda la novela. Se puede afirmar que este es el elemento más general sobre el que descansa todo el mundo novelesco. Pero la visión de ese trabajo en la primera parte de la obra está idealizada:



es un trabajo realizador, cuyos frutos no se hacen esperar; un trabajo que no cansa, porque quien lo realiza tiene enfrente su futuro. Es el trabajo aplicado a una tierra cómplice, que sin contratiempos ni malas jugadas recompensa con creces el esfuerzo humano. Vemos cómo la praxis fructifica y el proyecto humano va encarnando en las cosas, poblando el mundo de bienes al servicio de las necesidades y deseos del hombre:

“Todo continuaba ensanchándose. Las manzanas de terreno abierto se unían a las manzanas, parían las vacas y las gallinas sacaban sus polladas. Se araba y se sembraba. Las chozas de un principio ya se podían llamar propiamente casas. Y se veían junto a ellas las trojas ventrudas repletas de mazorcas de maíz o sacos de frijoles” (pág. 27).

Cuando la novela se refiere a las fatigas y privaciones de los abrerros, el énfasis no está puesto en estos hechos mismos sino en la esperanza, empeño y solidaridad de los campesinos:

“Voltear montaña. . ., ¿cuando aún no tenían albergue, cuando llegaban apenas provistos de sus hachas y machetes y de unas cuantas provisiones que a lo sumo si les habrían de alcanzar para algunas semanas? Pero ¿acaso no se tenía la voluntad dispuesta y el corazón repleto de esperanza?” (pág. 8).

Frente, pues, a la resistencia de la naturaleza, la novela se finca en la exaltación de los méritos morales de los hombres. De la fatiga, por ejemplo, resalta tan sólo el sueño reparador y profundo que produce. El aspecto agotador del trabajo se oculta, y se destaca en cambio su aspecto transformador:

“Parecía más joven. Estaba fatigado de tanto trabajar, pero se sentía renovado y liviano. Nor Espíritu Santo le llevaba a su mujer, para que lo estrenara como a un lindo vestido nuevo, un pedazo de tierra” (pág. 22).

La novela se ocupa, así, de los logros, pero no de los costos demandados por estos logros. La visión de la fatiga y las privaciones es atenuada, en tanto que la presentación de la abundancia se hace con evidente fruición.

La visión del hombre se da en términos igualmente positivos. Este es un campesino honrado, trabajador y respetuoso de los demás. Buen padre y esposo, además de obediente a las leyes divinas. Es un hombre sin grandes problemas. La fraternidad lo hace vivir en paz con sus vecinos. Sus modales son pausados y dignos, incluso hay cierta solemnidad en el carácter de este modelo de hombre. El personaje que se destaca como prototipo, Espíritu Santo Vega, es el que determina el modo de relación social: relación de tipo patriarcal.

La vida en las abras se presenta como una vida de familias, cada una soterrada en su predio. Estas subsisten gracias a su propio esfuerzo, y la comunicación entre ellas es mínima. El conflicto no ensombrece la marcha de estas unidades fundamentales de producción y de vida. La novela no alude a padres tiranos ni a hijos rebeldes. Las relaciones interfamiliares y entre individuos de distintas familias se dan también en un plano de paz y entendimiento, sin que se produzca por parte de ninguno el intento de prevalecer sobre sus compañeros. Parece haber entre los abrerros una comunidad de opinión en lo que se refiere a los fines y medios de la vida, que sería el elemento que funda el acuerdo entre ellos, pese a su individualismo y falta de contacto.

El conflicto social verdaderamente como tal no existe. Todos son iguales, aunque alguno tenga más que otro. Este conflicto cuando se da es porque viene de fuera.

La felicidad de ese mundo consiste en su aislamiento, y éste genera un concepto peculiar de libertad: ausencia de autoridad y abundancia de espacio para moverse libremente. El narrador lo expresa así:

“Y se era libre. Aquí la libertad nacía de la ausencia de grandes vecindarios y de autoridades. La esclavitud que había era la del trabajo y las asechanzas de la montaña, pero esta servidumbre entraba en el ánimo como refrescante viento de amplitud y autoafirmación sobre la tierra” (pág. 27).

Los hechos en general son presentados de tal manera

que su lado adverso o trágico siempre resulta eludido: ya sea que se lo omita, se lo disimule o trascienda hacia condiciones más felices después de haberlo mencionado brevemente. La adversidad de la naturaleza, por ejemplo, en la primera parte de la novela no se presenta nunca bajo la forma de un hecho singular y concreto. Hay un río que puede causar inundaciones, pero que nunca causa ninguna en particular. Se alude genéricamente a los jaguares que de-

voran el ganado joven, pero no se narra ningún caso. Se habla de los fangales producidos por las intensas lluvias, pero éstos no pudren las piernas de los abreros. Se menciona, en forma de rememoración y fugazmente, el caso de seres humanos que han sido aplastados por un árbol, corneados por un toro, o que se han mutilado accidentalmente con sus herramientas de trabajo. En esta ocasión son la brevedad y la preterización, como antes la mención genérica y la no eficacia concreta del mal sobre el hombre, lo que hace que la adversidad, aunque figure en la novela, se anonade como factor real y actuante dentro de la obra.

La situación presente y la presencia del pasado



Desde la novela misma es difícil caracterizar el presente sin hacer referencia al pasado. Ambos se entrelazan en la segunda parte de la obra y se refuerzan por contraste. En el inicio de *El sitio de las abras*, cuando se introduce la distinción presente-pasado, se alude a un “hoy” degradado; en la segunda parte de la obra es donde se muestra toda la miseria de ese presente, y en todo momento se la compara con el pasado.

Al presente, la nota que lo caracteriza principalmente es la agudización de la desigualdad social y la explotación. Aunque de manera global la riqueza ha aumentado en comparación con el tiempo de los abreros (hay electricidad, ferrocarril, comisariato, industria agrícola), lo cierto es que la participación de las mayorías en esa riqueza ha menguado: Los peones reciben de los hacendados apenas lo necesario para conservar la fuerza de trabajo, y viven en casas insalubres, llenos de parásitos y diezmados por el paludismo. Entre tanto los hacendados viven con todas las condiciones modernas y al resguardo de las inclemencias de la región.

En cuanto a su trabajo, el jornalero se ve reducido a la condición de instrumento. Trabaja y es completamente ajeno al significado de su esfuerzo; produce objetos que tienen un abstracto valor de cambio, que sólo se materializará en los lujos y comodidades de los hacendados, en un ambiente inaccesible para él, ya sea en las lejanas ciudades o tras los muros de las “casas grandes”. Por otro lado, la labor que el jornalero lleva a cabo es monótona y rutinaria, no encierra para él ningún incentivo intrínseco.

El peón vive en un mundo ajeno, donde todo lo que le rodea tiene dueño, e incluso sabe de antemano que el producto de su trabajo también lo tiene. La conciencia de esta alienación lo degrada más a causa de su muy arraigado sentido de la propiedad. En realidad, vivir para este hombre significa trabajar en lo propio. A este respecto, uno de los personajes, refiriéndose a sus antepasados, exclama:

“—En cambio, tata y los otros compañeros, qué diferente. Esos sí que vivían, en verdad. Tenían algo por

delante; se les abría la montaña, volaban hacha en lo propio” (pág. 142).

Así, el mundo humanizado por los abuelos abrerros se ha convertido en un mundo deshumanizante: el proyecto de dominio de la naturaleza, planteado por aquéllos, ha llegado a cubrir parte de los hombres, que son tomados ahora como simples factores de la naturaleza. De este modo, el propósito original, que era la creación de un mundo a la medida de las necesidades y deseos humanos, queda contradicho; el hombre se ve desbordado por su propia empresa y víctima de la misma.

Estos trabajadores son renuentes al cambio. Ellos, en su mayoría, desconocen el pasado de la región, y en realidad nunca han conocido otra vida que la que están llevando; por eso, ese modo de vida les parece natural y necesario, un destino; no tienen ninguna razón para pensar que el presente no se continuará indefinidamente: lo que es, es lo que debe ser; no hay en ellos rebeldía sino conformismo.

La visión del presente en la novela es amarga, y se torna aún más por la comparación con el pasado feliz. Pero la novela presenta una esperanza de superación de esa situación: la lucha sindical, que parece tener dos finalidades, aunque no muy claras. Una es recuperar para los peones de la hacienda las tierras que fueron de sus abuelos abreros; otra es el simple mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores de la hacienda. La vía propuesta es la organización; pero no se concreta en ningún momento la acción que surge de ella, sólo se alude en el final de la novela a una victoria de los líderes sobre una treta de los hacendados. Un trabajador se sacrifica y los salva de prisión; pero no queda claro si este personaje obra así por afecto al líder sindical o por solidaridad con la causa. La vía de solución al conflicto de los trabajadores no se plantea claramente, y sus resultados tampoco se ven claros cuando termina la novela, a pesar de las frases finales de Martín Vega con respecto a la lucha: “—Se la vamos ganando, sí, creo que se la vamos ganando” (pág. 196).



El presente desmerece con respecto al pasado en lo que se refiere a su presentación. El narrador ya no se detiene en la descripción, como antes, y aunque pareciera que esto se debe a una mayor dinamicidad del relato, determinada por el tipo de acción, en el fondo responde a una preferencia por determinado ambiente y época pretéritos.

A este presente se le opone constantemente la visión del pasado. Martín, cuando su tío le cuenta acerca de las abras, exclama emocionado:

*“— ¡Cómo me hubiera gustado estar en medio de ellos!
... ¡Debe haber sido esa una vida tan diferente a ésta de ahora!”* (pág. 140).

Su tío Remigio se expresa así:

“...yo quisiera volver a estar con tata y mama Dolores, con todos ellos, con Martín, tu abuelo...” (pág. 141).

El pasado se revive sobre todo gracias al tío Remigio, que, junto con Marcelino, es un sobreviviente del naufragio de las abras. En el caso de Marcelino, la vivencia de la oposición entre los dos momentos es desgarradora, y tiene como consecuencia su mutismo ante la nueva vida.

“Habiendo crecido en medio de una vida de labradores dueños de sí mismos y de su tierra, el modo de vivir actual en un latifundio ajeno edificado en parte sobre los despojos de su propia estirpe tenía sólo una realidad: la añoranza y el odio” (pág. 142).

El tío Remigio hace frente a la situación sumergiéndose en el pasado, tratando de revivirlo, o simplemente embriagándose para ocultar la pena. En su obsesión por los tiempos idos cree ver a sus antepasados y hasta hablarles:

“—Ellos, a según yo, no se han muerto de veras; ellos están aquí. Algunas veces me voy a los pastizales o al lugar donde quedaba el aserradero y me estoy como viéndolos y como hablándoles, porque algo me dice que todavía andan por estos lados” (pág. 143).

Tanto en Remigio como en Marcelino se da ya un cierto germen de rebeldía: recusan la realidad aunque les parezca inevitable y exclamen, como lo hace Remigio: “Qué remedio hay, lo que es, es y se acabó” (pág. 142). Es un rechazo moral de la realidad que los lleva a no contemporizar con ella.

Martín Vega Ledezma recibe de Remigio la imagen embellecida del pasado que éste había elaborado. Pero en él, además de la añoranza del tiempo de sus mayores, esta historia despierta un cuestionamiento del presente. Ve en ella la esforzada lucha por la creación de las abras, la extinción de éstas, correlativa a la ampliación de la hacienda, y el verdadero vínculo entre la miseria de su gente y la riqueza de los hacendados. Al conversar con Concepción González, Martín dice:

“—¿Sabés, Conchita, lo que hay de cierto en todo lo que cuenta tío Remigio? . . . —Pues que los que hicieron esto hace muchos años fueron tata Espíritu Santo y otros hombres como él. Pero más adelante vino un mal tipo, Ambrosio Castro, y luego su hijo Laureano, y acabaron con ellos que eran más débiles. Papá mató al Segundo Castro para defender a mamá, y por defenderlo a él de la cárcel, aunque inútilmente, les vendieron a ustedes lo que les quedaba, por cierto a un precio malo. . . Hoy los Vega no tenemos nada” (pág. 137).

Martín, que es un hombre del presente, no como su padre y su tío, que son simples sobrevivientes del pasado sin asidero en la actualidad, empieza a ver en la historia de las abras la explicación del presente, y a comprender que su misma añoranza del pasado se origina en la miseria actual. De esta manera, en la comprensión que tiene Martín del pasado, el centro del interés se traslada de éste al presente, y ello es rico en consecuencias. El recuerdo del pasado ya no comporta la anulación mental del presente, sino el descubrimiento del carácter de solución de fuerza que tiene éste, lo cual vuelve falsa e hipócrita su pretendida legitimidad. Recíprocamente, las as-

piraciones propietarias de los jornaleros pueden liberarse de un obstáculo ideológico, pues cualquier acción que emprendieran contra la hacienda, en vez de ser un despojo, sería el reparo de un despojo previo; en vez de ser el quebrantamiento de la legitimidad, sería su restablecimiento. Esto tiene una enorme importancia porque entre los jornaleros, el pasado también gravita, en cuanto conformador de sus hábitos y esquemas de pensamiento. Ellos, como descendientes que son de pequeños propietarios, cargan una mentalidad de tales que les infunde un respeto casi sagrado por lo ajeno, por la propiedad de otros. Este principio que en su debido tiempo pudo ser de utilidad para quienes lo propugnaban, ahora para sus descendientes no es más que una cadena mental que refuerza la dominación de que son objeto. Por eso, mostrar la génesis, de hecho, de la hacienda equivale a abstraerla de la idea de derecho en que la subsumían los campesinos, y a disipar, por ende, la imposibilidad moral en que se encontraban de actuar contra ella.

Por este camino, el pasado finalmente se futuriza. Una vez que se sabe que la hacienda no es eterna, el pasado idealizado se torna ideal. Es decir, frente a la rutina laboriosa, anquilosante y sin sentido del presente, el pasado se alza como una época de heroicas empresas, repletas de sentido y esperanza; frente a la subyugación actual, significa el reinado de la libertad; y frente a la carestía diaria, el mundo de la abundancia. El pasado deja de ser, así, un hecho irrepetible para ser el índice de una cierta cantidad de posibilidades realizables, la acusación de las necesidades insatisfechas y una invitación a la acción transformadora. Llega a ser, pues, la manera concreta de acceder al porvenir.

En resumen, el pasado, que había sido para Remigio y Marcelino un refugio, una alternativa de la realidad, a través de Martín Vega se funcionaliza y se pone al servicio de la liberación de los trabajadores, por ser a la vez crítica del presente y símbolo del futuro. Pero aún este futuro mediado por el pasado no pasa de tener un desarrollo embrionario o incipiente.

La ideología
subyacente

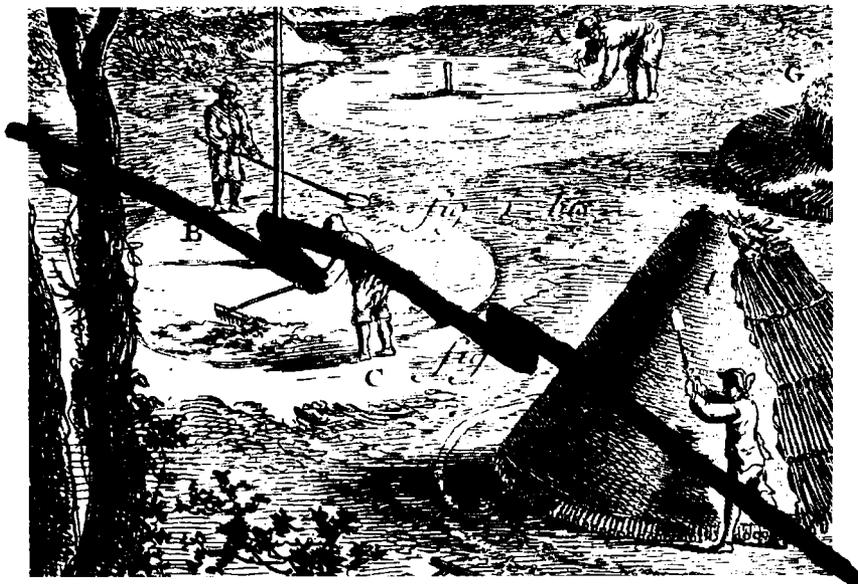


Hemos visto que la problemática de la novela se da en términos de dos categorías temporales: “pasado feliz”- “presente degradado” y que la primera de estas categorías

prevalece sobre la segunda, pese a que la intención narrativa era mostrar el pasado en función del presente. Trataremos ahora de encontrar las razones que dan lugar a este cambio tan importante de perspectiva. Dos preguntas básicas nos pueden servir para concretar el problema: ¿Por qué el autor le concede tanta importancia al pasado, y lo presenta como una época feliz, fructífera y aproblemática?, y ¿por qué el presente es mostrado en forma tan breve y siempre en contraste con el pasado?

Nuestra hipótesis es que la novela está sujeta a la acción de dos ideologías opuestas que conforman su estructura. Por un lado se revela la intención de tratar el mundo desde una cosmovisión marxista²; por otro, se pone de manifiesto un sentido de la vida más vivido o inmediato que, por sus características, se puede denominar pequeño-burgués. Estas ideologías se concretan en diversos rasgos a lo largo de la novela; no obstante, es visible el predominio de una de ellas: la ideología pequeño-burguesa, como se puede comprobar por el análisis de esos mismos rasgos.

El trabajo es un elemento constante en la obra. Su im-

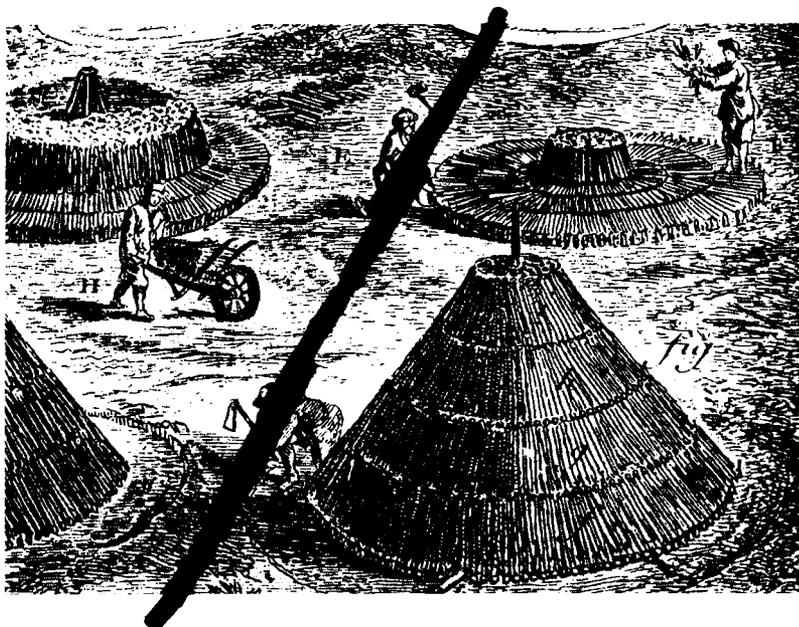


portancia se destaca tanto en la primera como en la segunda partes. Este énfasis en lo laboral es característicamente marxista, ya que según Marx el hombre se autogenera mediante el trabajo. Como podemos ver, dentro de la novela, éste parece realizarse en los términos apuntados: es una confrontación real con lo real, por medio de la cual el hombre modifica los elementos de la naturaleza y produce, así, sus medios de vida. La novela explícitamente concibe el trabajo como una lucha con la naturaleza, y el resultado de esta lucha son las abras, que de más en más se van ajustando a las necesidades y aspiraciones del hombre. Una vez formadas las abras, el trabajo sigue fructificando en esa constante transformación del medio natural. No obstante, si miramos con atención encontraremos una desvirtuación de este concepto de trabajo originada en el tratamiento de los elementos que se enfrentan en el proceso productivo: la naturaleza es dócil, no ofrece resistencia ni frustra los esfuerzos del hombre; es pródiga en frutos, una especie de cómplice de quien la trabaja. Y cuando la novela presenta al hombre en el acto de trabajar, enfoca la atención en los mecanismos psicológicos de carácter compensatorio y motivacional más que en las operaciones reales de acción sobre la naturaleza. Pareciera establecerse, así, un nexo causal entre las cualidades morales del hombre y la productividad de la tierra, en tanto ésta responde a las esperanzas y méritos de aquél. De esta manera, se esboza en la novela una concepción providencialista de fondo idealista del trabajo que no corresponde al planteamiento marxista inicial.

Por otra parte, la novela se propone desarrollar su relato en una perspectiva historicista, de tal manera que la realidad referida es vista como proceso. Este historicismo, que considera al presente como producto de la respuesta humana práctica a una situación que emerge del pasado, y que por tanto remite a él para la comprensión del presente, es uno de los rasgos característicos del marxismo. La novela, sobre todo si consideramos su intención, pretende situarse en este punto de vista; pero en el despliegue concreto de su temporalidad, presente y pasado entran en relaciones recíprocas incompatibles con el mismo. Un desarrollo coherente de este planteamiento hubiera llevado a centrar la atención en el presente, viendo el pasado como ex-

plicación de éste, el cual por otra parte quedaría abierto hacia el futuro. Sin embargo, no son estas las relaciones que se dan en la novela entre las tres dimensiones temporales: el pasado es visiblemente el que adquiere más importancia. Esto se puede comprobar no sólo por la calidad de su presentación en la primera parte de la novela, sino también por su prolongación en el tiempo presente. La presencia del pasado en el presente se concreta en las constantes rememoraciones que hacen los que conocieron las abras, y también se constituye en símbolo motivador para la acción de los trabajadores. El pasado, debido a la forma en que es presentado, gana las simpatías del lector y se delinea en su mente con suficiente fuerza y nitidez como para ser considerado la mejor parte de la novela. Incluso cuantitativamente se le dedica mayor desarrollo que al presente.

El tiempo presente, que no ocupa siquiera toda la segunda parte del relato, se desarrolla con demasiada brevedad y deja una imagen muy escueta y pobre de su realidad. Este presente, por las características apuntadas, se ve opacado totalmente por el pasado, y termina sirviendo como contraste incidental para realzar su belleza. Al presente le faltan muchos rasgos enfatizados en el pasado; carece en



particular de la riqueza de situaciones y personajes que se presentan en aquél.

La expectativa de futuro que se vislumbra en la segunda parte de la novela es muy vaga. Se perfila más bien como una futurización del pasado. Es éste, en cuanto que se aspira a volver a él, el que ocupa el lugar del futuro. Así en la novela, se omite el futuro como visión de una situación nueva en lo esencial. Y además, sus posibilidades de realización, aunque sea como intento de reedición del pasado, son muy remotas. Las palabras finales de Martín Vega, ya citadas, aun al lector más crédulo probablemente le parezcan en exceso subjetivas, ya que no tienen fundamento en la realidad: su proposición de formar un sindicato no ha cuajado verdaderamente, prueba de ello es que nadie enarbolaba la bandera del sindicalismo cuando él y otro líder son llevados a prisión, pese a que este hecho produce cierto descontento entre los trabajadores. Por otro lado, el sacrificio de Marabú no se puede atribuir con certeza a un sentimiento de solidaridad de clase, que dé pie a la esperanza en la continuación de la lucha.

De esta manera, la excesiva importancia del pasado, la brevedad del presente y la práctica inexistencia de un futuro auténtico, que más bien tiende a ser sustituido en su función por el pasado, hacen que la flecha del tiempo se invierta y toda la novela gire alrededor de los tiempos idos.

Otras categorías marxistas, como por ejemplo la lucha de clases, están presentes en la novela. En la primera parte, los pequeños propietarios sufren la expropiación de sus tierras por parte de personas que detentan un gran poder económico. En la segunda, se produce la explotación directa del trabajo asalariado. Los trabajadores de la hacienda forman una clase relativamente definida, cuyos intereses objetivos son antagónicos con los de sus patronos. En términos marxistas, entran en la definición de lo que se denomina "clase en sí", pero Martín Vega trata de llevarlos a la condición de "clase para sí", al tratar de dotarlos de una conciencia clara de su situación común y de un proyecto de acción política. Todo este planteamiento, no obstante, queda desvirtuado porque la novela no penetra hasta el

fondo económico del conflicto, sino que se queda en su aspecto puramente moral.

Si nos fijamos en la primera parte, veremos que la novela conceptúa el conflicto relativo a la expropiación de las abras en términos de maldad individual. Frente a la bondad general de los abrereros, aparece la figura de Ambrosio Castro, cuya maldad se refleja en su aspecto físico mismo. Este personaje, por medio de sus artimañas, intenta apoderarse de la tierra de aquéllos. La novela pone todo su énfasis precisamente en la maldad inherente al personaje, y en la inmoralidad de los medios que utiliza, como si lo esencial fueran los medios utilizados y no el fin que se persigue: la expropiación de las abras. El conflicto se muestra como originado en la maldad particular de ese personaje, cuya presencia parece ser casual. En ningún momento se lo relaciona con las condiciones sociales objetivas existentes en ese momento, y de las cuales Ambrosio Castro no era más que un representante. El conflicto empieza con la llegada de ese hombre malo y termina con la llegada de otro hombre *bueno*; pero se inicia de nuevo con la partida de éste.

En la segunda parte de la obra, los peones de la hacienda presentan señales evidentes de la explotación de que son objeto; pero aunque la novela señala esa explotación, lo hace solamente como recurso para retomar el tema de la usurpación que sufrieron sus supuestos antepasados, los antiguos abrereros. En esta segunda parte, se insiste sobre todo en la condición de desposeídos de los trabajadores y en la conciencia que tienen de esa situación. La incitación a la lucha se fundamenta en esto y en la posibilidad de recobrar su situación de propietarios. Así, el conflicto actual de explotación tiende a plantearse en los términos propios del conflicto de usurpación, y a perder con ello su peculiaridad. Aquí se revela el planteo pequeño-burgués, al no lograr captarse lo esencial del problema de los trabajadores y más bien reducirlo a la forma propia del problema de los abrereros; lo cual permite conceptuarlo y valorizarlo en los términos propios de una mentalidad pequeño-burguesa.

La novela en ningún momento somete a crítica el principio de la propiedad privada. En la primera parte de la



obra, la hacienda de ñor Rosa Vargas y luego el aserradero de Martín Villalta son ejemplos de grandes propiedades que, por sus dimensiones, incluso necesitan de fuerza de trabajo asalariada; sin embargo, la novela manifiesta una actitud de simpatía y aprobación hacia estas empresas. Esto refuerza la idea expuesta anteriormente de que en el caso de Ambrosio Castro no es la propiedad la raíz del conflicto, sino las malas artes utilizadas por él. Lo que a su vez demuestra que la novela se queda en el aspecto superficial y particular de este problema sin penetrar en su realidad esencial. En la segunda parte, la degradación consiste en haber perdido la propiedad, lo cual pone de manifiesto que lejos de pensarse en la abolición de ésta, como corresponde a un planteamiento marxista, más bien se reafirma este elemento como esencial e indispensable para el hombre. La novela no cuestiona la existencia de la hacienda desde un planteamiento distinto al de la propiedad privada, su condena del latifundio se hace en nombre de la pequeña propiedad individual. La objeción hecha a la gran propiedad es que suprime para muchos la propiedad privada. También se atacan los medios ilegítimos por los que se constituyó. Esta ilegitimidad significa que las tierras de la hacienda pertenecen en justicia a los peones, considerados por la novela como descendientes de los aborígenes. Así, el derecho de los trabajadores a la hacienda no se fundamenta en el concepto marxista de la plusvalía, según el cual son los peones con su trabajo actual los que han creado y mantienen productiva a la hacienda, sino en el concepto de herencia, que se desprende del de propiedad privada. Aunque en la novela no se diga explícitamente, por estar limitado su universo temporal al presente y al pasado, y por insistirse tanto en el contraste desposesión actual-posesión anterior, pareciera que la finalidad de la lucha es volver a un régimen de pequeña propiedad.

Hay un breve texto en la segunda parte de la novela, en el que se alude a varias categorías marxistas de primera importancia, como son: la lucha de clases, la conciencia de clase, la explotación del trabajo asalariado, la idea de propiedad colectiva. Es aquel pasaje en que se compara el mundo con una máquina de moler maíz. No obstante, los conceptos aquí apuntados constituyen una especie de isla

dentro de la obra, ya que en ningún momento se desarrollan en términos de acción, ni se aplican sus principios en las soluciones propuestas por la novela. Esto pone de manifiesto el intento del autor de configurar un mundo en función de categorías marxistas, el cual queda frustrado por su tendencia espontánea a ver las cosas desde un punto de vista pequeño-burgués.

El personaje colectivo, verdadero sujeto de la acción social, según el planteamiento marxista, no se da casi en la novela. En su lugar, aparece bien configurado el héroe individual, quien por cierto nunca encarna en un personaje de la clase baja. Los abrereros son pequeños propietarios, e incluso el personaje modelo, Espíritu Santo Vega, tiene una larga historia familiar de propietario. Cuando se presenta el conflicto en la primera parte, el personaje que lo soluciona es de una condición social superior a la de los mismos abrereros. Hay que señalar que este personaje es la encarnación del héroe justiciero, que puede hacer solo lo que los demás hombres juntos no pueden. Además, el héroe se prolonga en sus descendientes, y son éstos los que en adelante hacen frente directamente a los explotadores y defienden los intereses de los oprimidos. Esto manifiesta en la novela un culto al individuo, inherente al mundo burgués.

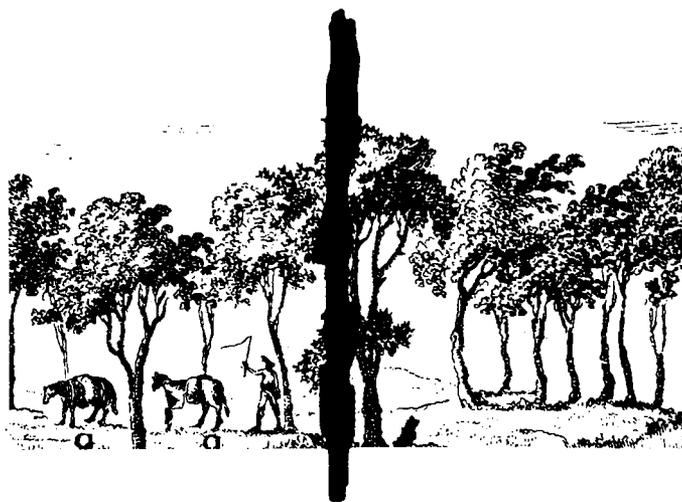
Conclusión

Se decía al principio de este ensayo que el rasgo más saliente de la novela era su división en dos partes, con características temporales bien definidas: la primera de ellas correspondiente al pasado; la otra al presente. Hemos visto también que este pasado se delinea como un pasado feliz, y que se convierte en el núcleo de la novela, atrayendo hacia sí al presente e incorporándolo en la función ancilar de contraste desagradable. La otra perspectiva, según la cual el pasado era explicación del presente, se pierde; queda en la novela como mera pretensión, como proyecto sin realizar.

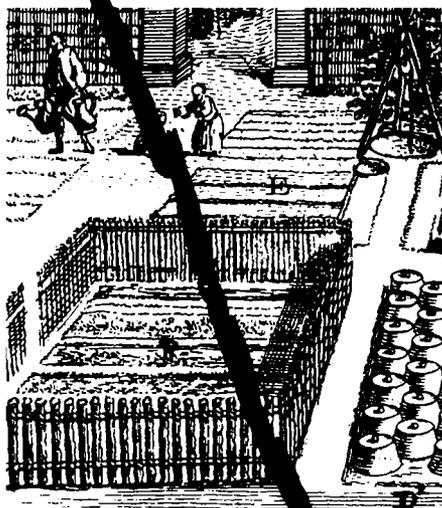
Para comprender estos dos aspectos de la novela, hemos concebido la hipótesis de que en su manera de presentar los hechos, la obra sufre los influjos de dos ideologías divergentes, y de que una de éstas, la ideología pequeño-burguesa, a través del desarrollo concreto de la narración, va ganando terreno a expensas de la otra. La primacía del pasado es expresión de ello. Este contiene los valores respetados y aprobados por la novela, el ideal de vida y de hombre propuestos por la misma.

Hemos ido encontrando también en la obra, una serie de caracterís-

ticas propias de una mentalidad pequeño-burguesa, tales como el enfoque moralista de los conflictos, el respeto por la propiedad privada, el predominio del héroe individual, y la añoranza del pasado. Todos estos aspectos descubiertos en la obra refuerzan nuestra idea de la presencia en ella de una mentalidad específicamente pequeño-burguesa, mentalidad que subvierte, desde dentro, el plan de desarrollo de la novela de corte marxista, y que es la que en definitiva dicta su papel al presente y pasado novelescos.



- (1) Ver punto a) de la nota No. 2.
- (2) Sostenemos que en la novela se da un planteamiento inicial de corte marxista, por las siguientes razones:
 - a) En la primera página del texto la novela se propone como una indagación de la génesis de la situación presente:
 - b) La lucha del hombre con la naturaleza se concibe en términos dialécticos "Destruir para crear, como todo lo verdadero";
 - c) El trabajo, como se verá más adelante, se plantea como el proceso de autocreación del hombre;
 - d) La vida social se presenta como conflictiva y problemática y ello en términos de lucha de clases;
 - e) El pasaje, citado más adelante, referente al símil de la máquina de



moler maíz, explícita, en forma que no puede ser causal, las categorías socioeconómicas más importantes del método marxista; y

- f) La obra global del autor, considerada en términos de sus escritos anteriores y posteriores a esta novela, muestra un constante desarrollo de su posición marxista, que se presenta anunciada en los primeros, y plenamente madura en los segundos.

Bibliografía

- BARTHES, Roland y otros. *Análisis estructural del relato*. Editorial Tiempo Contemporáneo. 4ª edición. Buenos Aires. 1974.
- DOBLES RODRIGUEZ, Fabián. *El sitio de las abras*. Editorial Costa Rica. 5ª edición. San José. 1976.
- KAYSER, Wolfgang. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1972.
- MARX, Carlos. *El capital*. En Marx-Engels. *Obras escogidas*. Tomo I. Editorial Ciencias del Hombre. Buenos Aires. 1973.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico. *Biografía del Manifiesto Comunista*. Colección Ideas, Letras y Vida. Méjico. 1971.
- . *La ideología alemana*. Ediciones de Cultura Popular. Méjico. 1974.
- . *Introducción general a la crítica de la economía política*. Ediciones Pasado y Presente. Córdoba. 1974.